

Ascensión del Kleinglockner

3.770 mts.

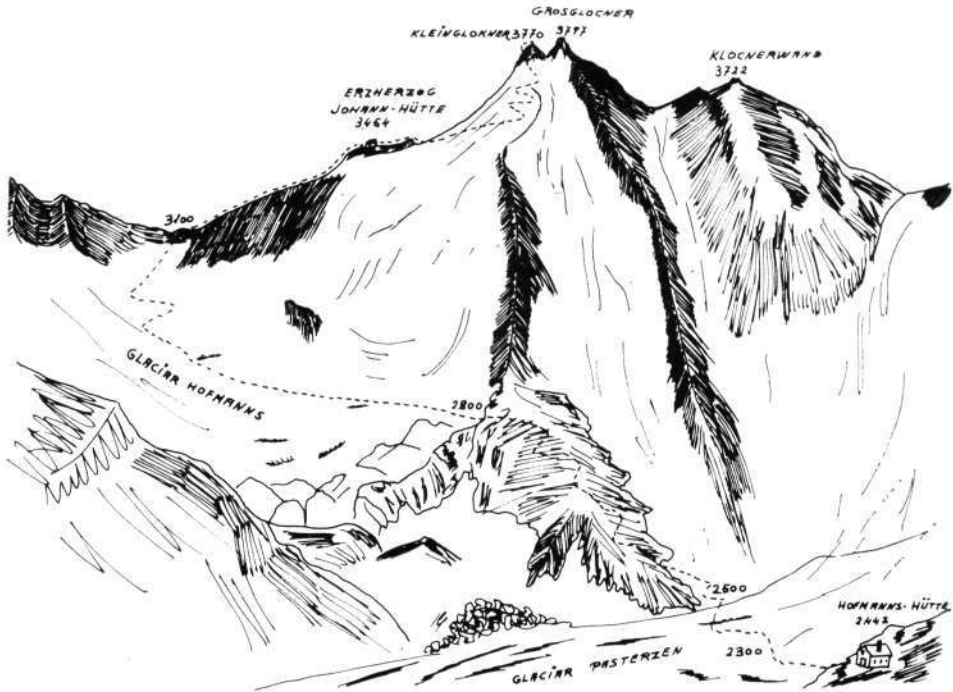
NUESTRA pretensión era la normal de cualquier montañero que anda por ahí recorriendo mundo; estábamos en Austria rodeados de montañas y lógicamente, deseábamos ascender alguna, a ser posible la más alta, naturalmente.

Tan sólo sabíamos que el techo de los Alpes austríacos, y más concretamente de la región de Carintia, es el Grossglockner (3.797 metros). Por el plano de carreteras nos enteramos de que el pueblo más cercano es Heiligenblut y hacia allí nos dirigimos. Desde Heiligenblut (1.301 metros) parte una carretera alpina de peaje que ya plantea una seria dificultad a la ascensión por dos motivos: 1) cuesta 165 chelines, lo que al cambio supone unas 500 pesetas, y 2) en muchos tramos la pendiente es del 12%, así que un coche «cascado» y con carga, no lo resiste. Esta carretera de 16,6 kilómetros finaliza en Franz-Josephs Höhe (2.369 metros), exactamente frente al Glocknergruppe (grupo de los Glockner), cuya cumbre más alta es naturalmente el Grossglockner, pero que, como su nombre indica, tiene también otras cimas como son el Kleinglockner (3.770 metros), o el Glocknerwand (3.722 metros). Desde este lugar parte un sendero para turistas que conduce hasta Wasserfallwinkel (2.548 metros). Tiene 2,5 kilómetros de longitud y sirve de acceso a varios refugios; uno de ellos es el Hoffmannshütte (2.442 metros), que está junto al sendero mismo y hacia la mitad de su recorrido. Dicho refugio es el punto de partida de la ascensión, pues está situado, por así decirlo, en lo alto del acantilado que forma el cauce del glaciar Pasterzen, teniendo al frente, en la otra margen del glaciar, al Glocknergruppe.

No nos instalamos en el refugio, sino en nuestra tienda, en un pequeño desmonte sobre el glaciar capaz para media docena de tiendas.

A la mañana siguiente nos despertaron los pasos de la gente que procedente del refugio descendía hacia el glaciar para iniciar la ascensión. Salimos del saco y en cuanto pudimos nos pusimos en marcha. El sendero que desciende al glaciar es cómodo y está bien marcado. Atravesar el glaciar tampoco supuso ninguna dificultad ni aun para nosotros que en esta ocasión éramos novatos en aquellas lides. Sí que tiene sus grietas que obligan a dar numerosas vueltas, pero aún así es muy «manso». Lo peor de todo es tener que empezar la ascensión descendiendo desde los 2.442 metros del refugio hasta casi los 2.300.

Cruzamos el glaciar y ascendimos los bloques de piedra de la margen opues-



ta en una hora. Entonces nos metimos en un corto nevero que acaba bajo un torrente situado hacia los 2.500 metros. Fuimos bordeando el torrente hasta superar la pared que se encuentra a su izquierda y de nuevo apareció el sendero que asciende en zig-zag por terreno rocoso hasta los 2.800 metros. En un par de ocasiones es necesario trepar unos metros. En este tramo empleamos 45 minutos. Nos encontrábamos ya al pie del glaciar Hoffmanns; para remontarlo es recomendable colocarse los crampones, pues aunque las grietas son escasas, es frecuente encontrar placas de hielo en donde se puede dar un resbalón. De aquí a la arista que forma la línea de cumbres (3.100 metros) tardamos poco más de una hora. Atravesar este glaciar tampoco tiene complicación alguna, salvo el esfuerzo que exige su pronunciada pendiente.

Nueva ascensión por roca bastante descompuesta y en menos de tres cuartos de hora alcanzamos el refugio Erzherzog-Hohann-Hütte (3.454 metros), asentado en la arista misma.

Hay mucha gente que sube de víspera hasta este refugio para así hacer la cumbre «de refresco». Otra variante consiste en subir desde Heiligenblut por la vertiente opuesta del macizo hasta el refugio de Salmhütte (2.638 metros) y desde allí atacar la cumbre pasando también por este refugio de Erzherzog (de esta forma no hay que ir por la carretera de peaje).

Mientras descansábamos echamos un vistazo a la cumbre y comprobamos que las cordadas progresaban con extraordinaria lentitud, lo cual vino a demostrarnos que la ascensión era más complicada de lo que nosotros habíamos previsto, y como nos habíamos embarcado sin cuerda, no quedó más remedio que alquilar una en el refugio.

Nada más abandonar éste, hay que ponerse nuevamente los crampones, pues inmediatamente se llega al pie del torreón que forman las dos cimas principales. Sus primeros 200 metros, de desnivel no inferior a los 45°, están compuestos por una enorme pala, tanto de nieve como de hielo. Primero se avanza en zigzag, y todo derecho en lo más pronunciado de la pendiente; al principio por el centro de la pala (existen estacas de hierro para asegurar), después, por la rimaya de la derecha, en cuya pared hay un cable fijo que permite ascender con seguridad y rapidez relativas.

Una vez situados en las rocas de la cresta, se practica una trepada relativamente fácil, por piedra muy consistente, aunque es necesario tener la precaución de asegurarse (sigue habiendo estacas de hierro y algunas clavijas). En tres o cuatro largos se alcanza una afilada arista por la que únicamente se podría avanzar «a caballo», pero que se evita pasando por una cornisa de nieve que posiblemente antes de finalizar la temporada veraniega dé algún susto, pues fácilmente puede deslizarse al vacío. Se pasa sobre un corto serac colgado que forma un buen trampolín sobre el glaciar Pasterzen, que aparece 1.400 metros más abajo y ya estamos en el Kleinglockner (3.770 metros), la cumbre gemela del Grossglockner, que ha desarrollado 27 metros menos que su hermanita.

Aquí terminó nuestra aventura; desde luego que deseábamos llegar a la cima mayor, pero cuando alcanzamos la otra pensando que aquello estaba hecho y descubrimos que aún había que seguir soportando dificultades que en un principio no habíamos previsto, nos entró tal desazón que decidimos dar la ascensión por concluida. Desde el refugio tardamos unas dos horas.

Para alcanzar el Grossglockner únicamente nos faltaba descender ocho metros por una escalera tallada en el hielo hasta la horcada que separa ambas cumbres, trepar por una pared de unos 20 metros y dar un corto paseo hasta la cumbre, todo lo cual habría supuesto un cuarto de hora. La mayor pega, lo desesperante, era aquel tinglado de cuerdas que formaban las numerosas cordadas subiendo y bajando, la molestia de tener que esperar a que pasasen unos y cruzarse con otros.

En el descenso empleamos: hora y media hasta el refugio, 20 minutos en la arista, la hora escasa para cruzar el glaciar Hoffmanns, media hora en la zona rocosa y otra hora para cruzar el glaciar Pasterzen y subir hasta el otro refugio.

La ascensión nos produjo gran satisfacción: habíamos hecho techo y era nuestra primera experiencia en glaciar. Además, sin tener excesivas dificultades, era suficientemente dura y variada por sus combinaciones de roca-nieve-hielo, para poder considerarla tan interesante y completa como la mayoría de las clá-



Globglockner (3.798 m.)

se puede recorrer otro ramal de la carretera de peaje cuyo punto culminante es Edelweis-Spitze (2.571 metros), que según los folletos de propaganda tiene vista panorámica sobre 37 «3.000» y 19 glaciares, y descender a Zell-am-See, como nosotros hicimos, dándonos un buen baño en el lago.

sicas alpinas. Es por esto que la recomendamos con mucho entusiasmo. Nosotros por lo pronto, tenemos una cita sin fecha con el Grossglockner.

Por lo demás, la zona es tan fabulosa como poco conocida por los montañeros de nuestra región que en sus salidas frecuentan los Alpes. Junto al citado Glocknergruppe, se encuentran también el Schogergruppe y el Granatspitzgruppe, que tampoco parecen despreciables. Aunque no son «4.000», estas cumbres no desmerecen junto a las más renombradas de los Alpes. Asimismo, la posibilidad de hacer «primeras nacionales» es grande; al menos, en el libro de registro del refugio no aparecía ningún aborigen de la Península Ibérica.

El acceso es bueno, aunque caro; por el mismo precio

Luis ALEJOS.